



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Nombrando a Chile, sus espacios y sus gentes

Luis Rubilar S.

En el fondo de América sin nombre / estaba Arauco entre las aguas (P. Neruda).

1- Raigambre mapuche de la identidad del pueblo chileno

Como formación histórico-cultural la República de Chile cumplirá su Bicentenario el año 2010, pero tierra, hombres y palabras se habían entramado desde hacía muchos siglos y milenios atrás (más de 10.000 años). Los descubridores europeos de esta zona, para ellos remota, fueron Hernando de Magallanes (1520) por el sur, y Diego de Almagro (1536) por el norte, y su conquistador y fundador fue Pedro de Valdivia, quien echa las bases de la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura, en el cerro Huelén, el 12 de febrero de 1541.

Este territorio, habitado por más de un millón de nativos de distintos grupos (aymaras, diaguitas, atacameños, changos, mapuche, entre otros), ya recibía el nombre 'Chile' (o 'Chili') antes de la presencia española, derivado quizás de posibles atribuciones a un 'valle' (Aconcagua), al canto de un pájaro ('tril'), a la existencia de un río o, más probablemente, a la de un cacique ancestral.¹ Tiene, pues, la singularidad de ostentar como nombre propio 'nacional' un vocablo inédito en lengua castellana, de aquí su esquiva aceptación de un artículo preciso (*el, la, o lo*) o la unicidad de su adjetivación: *chilen@*. En sus inicios como vocablo agregado al español aparece muy ligado, a veces confundido, con 'Arauco' ('araucano', de *raghco = agua de greda*). En las "Cartas" (1545-1552) inaugurales de Pedro de Valdivia, en las que se refiere a esta *tierra de guerra*, describiéndola: *la buena tierra que es ésta, de buen temple, fructífera, abundosa e de sementeras e de mucha madera* (1955: 101), aparecen por primera vez escritos ambos términos: *poblar estas de la Nueva Extremadura, llamadas primero 'Chili'...* (id: 17)... *corrí hacia la mar en el paraje de 'Arauco'* (id.: 99). Dos años antes de morir (en su empeño) escribe sus propósitos: *en poblando en las provincias de 'Arauco'* (id. 169).

Estas palabras bautismales en castellano serán recogidas y consagradas públicamente por Alonso de Ercilla en "La Araucana" (1569): *'Chile' fértil... / en la región Antártica famosa /... Es Chile norte sur de gran longura... / prolongado / hasta do el mar océano y 'chileno'...* (1977: 4)... *Es 'Arauco', que basta...* (id.: 5)... *don Diego de Almagro, adelantado... / a 'Chile' caminó*

¹ Ver, Lenz, R., 1910: 282.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

determinado... (id.: 13)... el de Valdivia... alcanzó en 'Arauco' aquella gloria... toma de 'Chile' la derecha vía... /... pisando la 'araucana' y fértil tierra (id.: 15).²

En estos escuetos extractos nombrando y caracterizando el espacio, construyendo su arquitectura semiótica castellana, se advierte ya la contaminación semántica 'Chile-Arauco' y sus atribuciones más notables: zona bélica, tierra fértil y pródiga, su angostura y longitud, el mar y la avizora ubicación 'antártica' (incorporada recién como territorio en 1834).

Pablo Neruda, consciente del poder creador de la palabra, llama a Ercilla *el inventor de Chile*. Ignacio Delogu en su comentario sobre "La Araucana" (en italiano) establece, desde esta perspectiva, un vínculo singular entre Ercilla y Neruda: *Esto de darle nombre a las cosas... justamente es una de las condiciones de la poesía de Pablo Neruda y que tiene su raíz en la obra de Alonso de Ercilla (1979: 208).*

Pero la significación que la obra de Ercilla ha tenido en el imaginario colectivo chileno ha sido destacada por otros notables críticos literarios. El principal, tal vez, el emancipador cultural don Andrés Bello: *La 'Araucana', la 'Eneida' de Chile, compuesta en Chile, es familiar a los chilenos, único hasta ahora de los pueblos modernos, cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico (1979: 346).* Mariano Picón-Salas agrega: *'La Araucana' da a Chile un mito nacional, una aguerrida conciencia de estirpe, antes que sentimientos parecidos broten en otras comarcas americanas (en Bello, A., 1954: XCIV).* Finalmente, citamos las palabras con que termina su 'estudio preliminar' de "La Araucana", E. Solar Correa: *Interesante tema para un estudio éste del influjo literario y social de Ercilla en Chile. Admira que aún no se haya emprendido. Tal vez no exista otro libro – libro literario – que haya ejercido un tan profundo y general ascendiente en la ideología de un pueblo" (1977: XXXIV).*

El problema es que respecto a la obra y al sujeto colectivo que la protagoniza, el 'pueblo araucano', las opiniones están fuertemente divididas, imperando hasta ahora aquélla que defiende los valores hispanos y eurocéntricos, que deprecian el impacto matricial de las culturas y lenguas originarias respecto al 'carácter social' y al idioma en América Latina (desde Cuervo y Bello hasta Solar Correa) y, por tanto, postergando las opiniones de quienes defienden la diversidad cultural y el valor de las culturas originarias (desde Lastarria y De la Barra hasta Bengoa). Esto resulta aún más complejo si advertimos que el término 'araucano' se

² En su apéndice final, Ercilla declara así su descripción de 'Chile': *Es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias, nómbrese Chile por un valle principal llamado así; fue sujeto al Inga rey del Perú, de donde le traían cada año gran suma de oro, por lo que los españoles tuvieron noticias deste valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron Chile a toda la provincia hasta el Estrecho de Magallanes (Id.: 602).*



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

utilizó hasta el siglo XIX, y recién en el XX se posicionan los propios de la cultura nominada como *mapuche* y su lengua el *mapudungun* (pensamos que esto sucede con la obra Ricardo Latcham).³ Respecto al impacto que el componente originario tuvo y tiene en la configuración del 'chileno' existen numerosas fuentes documentales e investigaciones que lo avalan, a pesar de las 'negaciones' posteriores.⁴

Angel Rosenblat, autor de 'el mestizaje en América' (1954) recurre a diversos testimonios para reforzar su tesis de que: *los chilenos no tienen nada de latinos. Nace allí un pueblo nuevo que tiene más de araucano que de español, por ser claramente el tipo araucano el que mejor corresponde a aquel paisaje* (Conde Keyserling);... *uno de los pueblos inconfundiblemente indígenas es el chileno, no por el aspecto físico, sino por lo psíquico y social* (L.A. Sánchez). Y remata: *los rasgos indígenas son evidentes en la noble fisonomía de Gabriela Mistral*. Nosotros agregaríamos a Violeta Parra, Pablo Neruda o Pedro Aguirre Cerda, de quien dijera - a su vez - el poeta: *era el vivo retrato de Michimalonco*.

Este sabio polaco-venezolano, filólogo y profesor del Instituto Pedagógico de Caracas, establece (basándose en los datos de L. Thayer) que, para 1810 en Chile, de sus 900.000 habitantes, el 20% era blanco y el 80% con sangre indígena. Al respecto, Rosenblat plantea en cuanto a Chile en su tiempo: *La mayor parte de la población chilena - algunos calculan que más del 80% - tiene ascendencia indígena lejana o próxima. La cuna de las clases populares en Chile está en el mestizaje* (1954, II: 118).

Según Alejandro Lipschutz (a quien Neruda considerara 'el hombre más importante de mi país'), en América Latina (y Chile) entonces (1810), más del 90% de la población era indígena y mestiza. Para la fecha de publicación de su obra sobre el 'indoamericanismo' (1944), entrega los siguientes porcentajes aproximados sobre Chile: mestizos, 65%, indígenas, 10%, y blancos, 25% (D. Brand). Junto con criticar lo que llama el porfiado intento de "blanquización" en Chile, comenta: *quien haya vivido en Chile no dudará del carácter indio de la gran mayoría de nuestro pueblo... una de las naciones más mestizadas de la América... para mí - dice - los indios y mestizos serían un porcentaje no menor al noventa por ciento de la población total* (48). Respecto a América Latina afirma: *La América Latina es una y su problema racial es el de los 140 millones de sus habitantes* (49).

3

Sobre el tema intercultural y el aporte de Ricardo Latcham, y otros estudiosos como Tomás Guevara, ver: Rubilar, L. "Interculturalidad y Educación: una deuda histórica", *Intramuros*, UMCE, 2002 (20-23).

⁴ Respecto al 'habla', ver especialmente: Medina, J.T., *Chilenismos...* (1928).



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

No es casual que el tema de la 'población indígena', su cuantificación y significación en América Latina y en Chile, resulte un problema irresuelto. Las cifras en ambos casos resultan inciertas y hasta contradictorias. Sobre el colectivo aproximado de 40.000.000 de indígenas que poblaban nuestra América a la llegada de los españoles se fue produciendo un proceso de 'despoblación' (genocidio, guerras, hambre, epidemias), quedando reducido a mediados del siglo 20 en un 50%, es decir, unos 20.000.000. Esto, a su vez, queda compensado en parte por la propia proliferación (fertilidad) indígena, así como su irradiación etnocultural en el continente a través del 'mestizaje'. Sobre una población de 135.000.000 de latinoamericanos Lipschutz calcula que unos 75.000.000, es decir, sobre un 55% está constituida por indígenas y mestizos (sin incluir unos 30.000.000 de negros y mulatos). Pero, en general, las cifras son engañosas y de escasa confiabilidad.

Basándonos en distintas referencias (en particular, A. Rosenblat, 1954) y circunscribiéndonos a Chile, señalamos como indicadores los siguientes:

1492: se señala una población entre 600.000 y 1.000.000, o más (L. Thayer, D. Amunátegui, J.T. Medina, F.A. Encina, R. Latcham, L. Vitale);

1570: 600.000 (97% del total de habitantes: 620.000)

1650: 520.000 (94.5% del total de habitantes: 550.000)

1920 (L.Thayer): 100.000, más 2.400.000 mestizos (total: 2.500.000: 82%).

1940: 150.000 a 440.000; total 2.650.000 (incluidos mestizos): 53%.

1950: total 3.050.000 (incluidos mestizos): 53%.

Paradójamente lo que señalan los estudios actuales sobre la población indígena en Chile, recicla las cifras atribuidas al inicio de la Conquista: entre 800.000 y 1.000.000 habitantes. El primer catastro estadístico y oficial sobre la materia lo constituyó el Censo Poblacional de 1992. Sobre un total de 13.348.401 habitantes, 998.000 (un millón, 7.5%) se autoadscribe a culturas sindígenas (mayores de 14 años), y 927.000 como mapuche (93%). Si se agrega el tramo de 0-13 años, podemos proyectar una población cultural mapuche autoadsrita del orden del 11% de la población chilena, muy superior al millón de personas.

También paradójamente, en el Censo-2002, sobre una población chilena de 15.116.435 habitantes, se reconocen (pertenencia) como indígenas 699.000 personas (4.6%), y de ellas 604.349 como 'mapuche' (87,3%), es decir, el 3.84% del total nacional.

Según estos datos, el colectivo 'mapuche' se ha reducido en más de 300.000 personas: en el lapso de una década una tercera parte ha 'desaparecido'. El sociólogo Manuel Valdés



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

(2005) ha intentado dar respuesta a este nada casual 'enigma', que no viene sino a confirmar lo que ha sucedido diacrónicamente en América Latina y Chile. Junto a factores socio-culturales (1992: '500 años'; 2002: 'crimilización' del conflicto mapuche), adjudica la diferencia de resultados a cuestiones metodológicas (índole de las preguntas, sesgos, etc.), lo cual no termina de justificar este asombroso 'etnocidio demográfico'. Porque, como él mismo expresa, aquí se formaliza la 'dialéctica de la negación del otro', más aún si estos datos son instrumentales para la acción político-social gubernamental. De tal ninguneamiento social y étnico no sólo da cuenta lo que Lipschutz denomina afán de 'blanquización', sino la negación de lo autóctono e indígena como actitud oficial en nuestro país, el arribismo y la sujeción a lo exógeno, en definitiva, la discriminación imperante. Ello explica, por ejemplo, que ese mismo año 2002, en el diario 'La Nación' (4 de febrero) aparezca esta noticia: *32 mil mapuche quieren cambiar nombre y apellido... para evitar discriminación y encontrar empleo*. Con ello no se hace sino formalizar lo que desde siglos atrás viene ocurriendo: el ocultamiento de apellidos indígenas tanto en las parroquias bautismales como en los registros civiles.

Sin embargo, paralelamente, en el imaginario social chileno se mantiene la conciencia de la raigambre originaria. En tal sentido, es destacable el hecho que, en el capítulo 6 del 'Informe PNUD-Chile-2002 (Nosotros los chilenos un desafío cultural)', se destaque la *importancia de las etnias en el imaginario de los chilenos... como una base de la raíz cultural de la nacionalidad*. Según la encuesta 2001, allí consignada, *el 71% de los chilenos se siente más cerca de la herencia cultural de los pueblos indígenas, y sólo el 25% de la de los pueblos extranjeros* (122-123). Esto viene a corroborar, en actualidad, diversos postulados que, sobre la subjetividad social y la cultura chilena, han avanzado notables investigadores de nuestra realidad social, como Julio Pinto y Gabriel Salazar, quienes afirman:

Hoy día - en Chile - ha crecido la conciencia acerca del necesario respeto a la diversidad cultural y el derecho de las etnias indígenas a vivir en paz y seguridad en sus tierras y fuera de ellas... Sin embargo, el indígena sigue inmerso en la marginalidad... (II, 1999).

Igualmente José Bengoa, en su 'Historia del pueblo mapuche' (2000), resume:

Esta es una historia acerca de la intolerancia. Acerca de una sociedad que no soporta la existencia de gente diferente. De un país español, criollo, europeo, cristiano occidental, que se dice civilizado y trata de acabar con los bárbaros, los salvajes, los hombres que deambulaban libremente por las pampas y cordilleras del sur del continente. Ellos se defendieron del salvajismo civilizado... La historia de los que no aceptaron ha sido silenciada... Nuestro intento ha sido rescatar esa historia olvidada, negada, silenciada por nuestras culturas intolerantes.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Así como en el país se confronta hoy una ambivalente pugna de valores, en este ámbito también se vive una actitud dual aunque, de algún modo, a pesar de los discursos y prácticas anti-indigenistas, ha pervivido la conciencia identitaria popular ligada a nuestros ancestros originarios, particularmente mapuche, ya que no se puede borrar así no más la historia y su 'legado indígena'.

Desde el inicio de la guerra contra los españoles (Reinogüelén, 1536) hasta su fin formal (1882), durante 346 años se fue generando una agresiva fusión etnocultural a través de malones y raptos, en móviles y ubicuas fronteras. De esta tricentenaria gesta van a surgir 'La Araucana' (1569, A. De Ercilla), el 'Arauco Domado' (1596, P. de Oña) y el 'Cautiverio feliz' (1673, F. Núñez de Pineda y Bascañán), así como muchas crónicas coloniales y republicanas. También recurrentes referencias por parte de nuestros historiadores y poetas, como Mistral y Neruda, entre ellos.

2.- Voces distintivas del pueblo chileno

Las naciones, en tanto formaciones histórico-culturales, amalgaman en su proceso de construcción identitaria, modalidades específicas de comunicación, de expresiones e íconos pertinentes que las diferencian de las demás. Junto al bagaje común a la cultura occidental (derechos humanos, democracia, festividades cristianas) y el espacio simbólico que comparte con América Latina (chicha, taita, Andes, Bolívar), Chile ha acuñado términos e incoado modos de expresión y signos 'distintivos', en lo verbal y no-verbal, tanto explícitos como implícitos (critpogramas comunicacionales), que lo identifican y caracterizan como pueblo. Aquí consignaremos algunas de tales voces propias y estilos comunicacionales que tipifican el imaginario social chileno en distintas áreas de la vida cotidiana: lenguaje, gustos, personajes, mitos, instituciones, oficios, paisajes, ritos, etc. .

En el campo de la comunicación oral, como comenta Darío Oses (2004), la 'ch' inicial ha desplegado un tremendo poder ya que los 'chilenos' tienden a 'ceachearlo' todo: *chicha, cacho, chancho, chacolí*; por nuestra parte agregamos, agregamos: *púch'a, chuncho, chicoco, huacho, chiche, chonchi, cachar, huacho, chucha, acholloncarse, colihuacho, chamal, chupilca, pulchén, choritos, chucao, chaucha*; incluso en los apodos, sigue Oses: *el Checho, la Chechi, el Lucho, el Chelo, la Charo, la Chela, el Cucho, el Moncho, el Pancho, el Carloncho, etc.* Nótese que al 'ceacheo' se antepone el artículo respectivo ('el', 'la'), lo que viene a constituir otro rasgo constitutivo del trato coloquial chileno. Pero hay algo más: la pronunciación de la 'ch' la



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

hace el chileno en forma especial: ‘cchileno’, del mismo modo cómo acostumbra omitir letras o sílabas: *ca’ne, caallero, ón, custión, onde, mot’e méi, macanúo...*; agregarlas: *emprestar, arrempujar, circüela, lamber, diferencia, dentrar, sandilla*; o cambiarlas: *güeno, po’h, v’a clariar, gue’ón, mesmo, tuavía, agora, ñebla, escribir...*⁵ Una frase-síntesis la entrega R. Oroz: *onde trompecé con un gallo* (1966: 33).

Otra nota distintiva es la tendencia a hablar en ‘chiquitito’ (diminutivo): *guagüita, puchicho, cafecito, cabrito, asadito, ñatito, momentito, negrita, poquito...*, así como existen ciertos términos emblemáticos de chilenidad, reconocidos por los extranjeros (dentro y fuera): *al tiro, huevear, (no séai) roto, cachái (el mote), ‘igual’ hay copete, los pacos, cabritos, carrete, pololos, milico, hasta lueguito, chao pesc’ao, tói arranao, ya pús loco, atina, es ‘como’ difícil, sói chorito, ahí!, quedarse pá’entro, pegarse un condoro...*

Tales arcaísmos, localismos e indigenismos ‘usados’ en el habla cotidiana del pueblo conforman un repertorio verbal peculiar, que se agrega al coloquial lenguaje de gestos y señales, cuyo criptograma comunicacional requiere de experiencia previa para poder ejercitarlo, al igual como sucede en los distintos dominios culturales (o naciones).

Como ejemplos interesantes respecto al lenguaje diferenciado y vulgar usado en Chile aludimos aquí a cuatro disímiles autores u obras que lo recogen fielmente en sus escritos. En primer lugar, tenemos el caso del máximo defensor del ‘castellano en Chile’, Andrés Bello, quien puesto en el trance de escribir un poema con tinte nacional (‘El Proscrito’, 1844, inédito e inconcluso) se ve forzado a utilizar vocablos locales, tales como *huerta, choza, diuca, porotos, cóndor, charqui, mate, trilla, ají, rodeo, guazo, araucana, chacra, Maule, manta, Rancagua* (1979, 115 y ss.). Así justifica tal ‘desvío’ de su docta pluma: *Un ‘caldo’ es mal sonante en poesía; pero la exactitud es lo primero* (id.: 163).

Como antípoda, tenemos el caso de la cantautora y poetisa popular Violeta Parra en cuyas autobiográficas “Décimas” se expresa lisa y llanamente en lenguaje ‘chileno’: *Quemá está la sopaipilla... / ñato, petizo, taitita, conchón, naiden, mi paire, pica’o é viruela, el güeñe Juanito, p’al postre tenemos maqui, p’al cántaro y la chicha cru’a, ahijadito, pairinos, instrumento, cogote e’ yegua, caliche, cochayuyo, chupalla, guata, rescoldo...*(1976).

En tercer lugar, la polémica novela de don Joaquín Edwards Bello “El roto” (1920), en la cual narra la microhistoria de la ‘casa de tolerancia’ *La Gloria* ubicada por la *Estación Central* y la biografía de *Esmeraldo Llanahue*, alias *El Chincol*. De su contenido urbano y crítico-social

⁵ El experto en dialectología chilena fue el profesor del Instituto Pedagógico, Rodolfo Lenz (ver, 1940).



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

(ed.1996) extraemos vocablos y frases representativas del habla popular: *una bebida llamada Pájaro Verde (cárcel), La Violetita, el futre, qué chiquilla tan lesa!, la Quinta Normal, cazuela, el circo, miéchica, bochinche, el Sporting de Viña, nadien, doña Rosa, la Catita.../ ¿Ya te vái otra vez? A ti te entró el piriguín, dijo el Patae'Jaiba/... Pillalo al tiro... / P'al Hospital. No. Palameda... / El chileno se hace feroz cuando no puede ladrar su viva Chile y tomar su tinto... / ... La cueca es una alegoría sexual y sanguínea de la fusión guerrera de dos razas. Por eso se siente resonar el tambor de Castilla y el chivateo de Arauco (59)... / El diario el Mercurio se ha tragado a Chile asimilando pura sangre chilena... El redactor jefe una vez entrado en años y en el diario, creyó que la democracia y la libertad eran utopías (125).*

Finalmente, una popular obra de teatro, "La negra Ester" (Roberto Parra – Andrés Pérez, 1996), en la cual se respira el singular aire chileno:

Güen chancho... si es tan relinda la cabra / me pego el pique / chuica de enguindado / charquicito bien salado / la Juana – la Carmela / no te quedih en la huincha / terremoto de Chillán / M'estaba haciendo la cucha / Yo le chorié el sombrero / Güevón que te hai creído / me voy cortao / cazuela de ave con locro / s'echó el pollo / anteh que cante la diuca / por jil /no chicha ni limonada / 'Sangüche /chirimoyo / luca / on Jecho / huacho / botao / mijitah richah / boche / ayayai / güelve / alaraco / maqui / zamba canuta / chucha / coscacho / curá como tagua (tenca) / gauchada...'

Por supuesto, este lenguaje popular está erradicado de las escuelas y, más aun, de la Academia, estableciéndose un hiato entre la cultura cotidiana y la cultura formal, que reproduce la hegemonía cultural decimonónica, la división de clases existente, y el arribismo que ha caracterizado a las capas medias y elites intelectuales en nuestro país.

El espacio chileno (como sucede en toda Latinoamérica) está transido de una semiótica que trasunta la impronta pluriétnica que conforma su población mayoritariamente mestiza; por una parte, palabras castellanas designando ciudades, ríos, minas, cerros... desde Santiago hacia La Serena o hacia Punta Arenas y la Antártica; por otra, la toponimia indígena, principalmente quechua y mapuche, semiotizando el espacio desde Arica e Iquique hasta Chiloé y Coihaique, y sus ríos como el Bío-Bío, sus cerros como el Tupungato, sus lagos como el Llanquihue, sus volcanes como el Llaima... Pueblos, esteros, barrios, montes, termas, caletas, parques, calles... ostentan el signo de los ancestros indígenas, incluido la propia designación del país nacional, como ya vimos. Y más allá del espacio geofísico, el espacio cultural y popular guarda las voces, los viejos símbolos colectivos, que trasuntan el modo de ser del chileno.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Incluso los iconos nacionales (su imaginario simbólico identificador) están representados por el 'cóndor' y el 'huemul' y, cómo se aprende y se canta desde la escuela primaria o básica, el 'rojo' de la bandera significa "la sangre araucana que de dolor floreció". O. Plath, el infatigable investigador de nuestro folclor, a partir de sus experiencias, manifiesta que: *el pueblo chileno es un complejo mosaico en que se han incorporado, sobre una base indígena araucana, con mayor o menor fuerza, rasgos de la tradición indígena quechua y de la cultura hispánica* (1979: 5).

Sin embargo, la presencia y expresión de las culturas originarias ha sido formal y oficialmente negada y discriminada crónicamente en el país, en particular en el ámbito socio-económico, cultural y educacional, como ya consignamos, situación que se ha estado revirtiendo relativamente en la última década.

En la vorágine globalizante y mercantil en que se ha sumido el mundo, la imposición hegemónica del idioma del imperio (y su oculta ideología) amenaza no sólo la preservación de las culturas locales y étnicas, sino las propias nacionales. En Chile, tal situación se va instituyendo con la complicidad de los monopolizados medios de comunicación y de los gobernantes de turno, para quienes, por ejemplo, instalar (inconsultamente) el 'inglés' como segunda lengua se ha convertido en una meta oficial (Bicentenario) del MINEDUC (2004). Para entonces, evaluados por estándares yanquis, estaríamos hablando, pensando, soñando y defecando 'in english'. Un buen inicio fue la (re)presentación del 'iceberg' como símbolo en la Expo-Sevilla, 1992. Ya no nos asentaremos en identidad propia, pero estaremos *okey* en la fila de los fieles de la 'teología del mercado', como un país gerencial (S.A.) y gritaremos : '¡Long life,Chile, shit!'

3.- Territorio, nación y símbolos identitarios

Nacido como 'valle' y 'reino' aislado, con límites físicos bien definidos, alejado (*Finis Terrae*), pobre, pero con una naturaleza pródiga, variada y bella, en guerra permanente con los *mapuche* ('Frontera'), y más tarde, con España y con sus vecinos nortinos, podríamos decir que el origen y desarrollo del país estuvo signado por el tesón, el esfuerzo, el contacto y la valoración de la tierra, el progresivo mestizaje y la resistencia a la endoculturación por parte del pueblo *mapuche*.

Dialécticamente, y dada la insularidad territorial, se fue gestando tempranamente en Chile un creciente 'sentido de nacionalidad', como lo expresara, ya en 1646, en su 'Historica



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

relación del Reyno de Chile' el padre Alonso de Ovalle o, más decisivamente, por Núñez de Pineda, el 'cautivo feliz' de los mapuche, en 1673:

Entre las causas principales que habemos insinuado para que nuestra patria, Chile... es una de ellas, sin duda, el que a gobernarla vengan forasteros, que son los que procuran y solventan sus mayores utilidades, desnudando a otros para vestirse a sí y a sus paniaguados... son los que menos caben y consumen a Chile, y lo van acabando a toda priesa, y a los habitantes despojándolos de sus bienes... para demandar que mudase rumbo... fuese saludable ante todo sea quien gobierne a su patria algún experimentado hijo de ella (ed. 1863: 421).

Sentimiento 'patrio' cultivado luego, a través de la emergencia de personajes señeros, que plasmaron la 'independencia' y la gradual conformación socio-política 'republicana', de la ingente acción cultural a cargo de notables extranjeros y criollos, del ejercicio hegemónico de los gobiernos por representantes del poder económico local, siempre ligado a potencias foráneas y, en fin, del iterativo discurso y múltiples acciones político-culturales a cargo del Estado. Todo ello hizo posible que durante el siglo XIX se haya fortalecido como representación social, auto y heteroatribuida, la conciencia de una identidad 'chilena', como imaginario compartido por sus habitantes. Imaginario social fundado en la existencia de una tierra fecunda y multifacética y de unos habitantes singulares, ambos pilares testimoniados y contados por Valdivia (*Cartas*) y Ercilla (*La Araucana*) - ya aludidos - a partir de los cuales, con el concurso disímil de los españoles, se irá creando y enlazando un espacio social definido por símbolos representativos propios. Acontecimientos, fundaciones, hitos, fechas, mitos y ritos, actores sociales y personajes públicos, arquitecturas, ceremonias, costumbres, iconos, comidas, lugares, fiestas, folclor, modos comunicacionales verbales y no-verbales: sincrético 'caldo de cultivo' en el cual se irá configurando la fisonomía de un pueblo distinto, con sello cultural propio y diferencial, y desde el cual se irá expresando como un colectivo con modos de ser, pensar y actuar, también propios y diferentes, todo comprimido en el sustantivo 'Chile' y su adjetivación: 'chileno'.

El territorio chileno, está integrado actualmente por su base continental (756.626 km²), por la Antártica (1.250.000 km²) y posesiones insulares (Isla de Pascua y Archipiélago Juan Fernández, y otras pequeñas, con 14.000 km²), es decir, posee sobre 2.000.000 de metros cuadrados como superficie terrestre total (sin incluir espacios marítimo y aéreo). Su longitud continental es de 4.300 kms. y la de la Antártica es de 3.300 kms. Esto le concede una variedad inmensa de climas (desértico, templado, polar) y de hábitats (biodiversidad) y, por tanto, de recursos naturales, tanto renovables (flora, fauna terrestre y marina) como no renovables (minerales, agrícolas, hidrográficos, piscícolas, etc.). Su recurso más importante es



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

el cobre, el cual ha recuperado su valor, alcanzando a la fecha cifras superiores a US\$ 1.60 la libra, seguido por las exportaciones madereras, de salmón, vino, frutas... El PIB (2004) fue de US\$ 5.802, el segundo de América Latina, después de México (US\$ 6.337), ambos lejos, sin embargo, de los productos que caracterizan a los llamados países desarrollados. En el 2004 se alcanzó un crecimiento del 5.9%. Todas estas son cifras macroeconómicas, que favorecen a los empresarios y que, en definitiva y en concreto, de las cuales no es beneficiario el pueblo mayoritario: es el problema irresuelto de la injusta distribución de la riqueza, en tanto el economicismo imperante descuida el factor más precioso, su recurso no renovable: la población chilena, conformada por 15.116.235 habitantes (Censo 2002), en su mayoría mestiza, y cuya tercera parte vive en la Región Metropolitana (6.276.128).

Las 8 etnias de su población indígena (692.192), representan aproximadamente un 5% del colectivo nacional, en su mayoría (87%) de ascendencia mapuche (604.349). Hoy, dos terceras partes de ellas (65%) habitan en las zonas urbanas, particularmente en la Región Metropolitana.

En Chile, el poder político ha sido secularmente ejercido por la oligarquía, con incorporación desde los inicios del siglo XX de las capas medias, aunque ha sido y es la clase económicamente pudiente la que ha dirigido el país, con la colaboración de los mandos, también clasistas, de las Fuerzas Armadas. Esto ha marcado el sesgo elitista y discriminador con que el Estado novocentista ('portaliano') configurara una 'nación' homogeneizada, excluyente de las diversidades étnicas, culturales, de género, de edad.

El primer y único reconocimiento de las culturas originarias lo hizo Bernardo O'Higgins, quien se consideraba 'compaisano' de Lautaro, al decretar que los indígenas "deben ser llamados ciudadanos chilenos y libres como los demás habitantes del Estado" (1819). Tras una amnesia de casi dos siglos, recién en la década de los 90' con el advenimiento de los gobiernos post-dictadura y la presión de los tratados internacionales se ha ido revirtiendo parcialmente la situación. Pero la exclusión de las diversidades fue amplia y larga por parte del Estado chileno. Sólo como muestra aludimos a la Constitución de 1833 la cual, en sólo dos artículos, determina la discriminación religiosa, de edad y de género, cultural y económica. En el 5°, establece que: *La religión de la República de Chile es la Católica, Apostólica, Romana, con exclusión del ejercicio público de cualquiera otra*, y en el 8° que *son ciudadanos activos con derechos a sufragio: veinticinco años... sabiendo leer y escribir... (con) una propiedad*



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

inmueble... En el caso de la mujer, sólo el año 1949 logra el derecho a sufragio en elecciones nacionales.

Mariano Picón-Salas (1933) capta y describe bien lo que llama ‘el contraste entre la historia popular y la oficial’, describiendo así lo que se había incoado y consagrado durante el siglo XIX:

El pueblo estaba, pues, ausente del drama. Portales calmó el pueblo, casi rural de su tiempo... ingenuo Juan Pueblo en que se juntaban alborozadamente las sangres de Castilla, Andalucía y Arauco... La clase dominante se había constituido una historia, verdadera crónica heráldica en que el derecho a la gloria y a la tradición se lo reservaban unas cuantas familias. El roto no podía leer tan severa historia y se entretuvo con los cuentos de Pedro Urdemales, con los corridos, con la leyenda de Manuel Rodríguez, que fue el héroe que había entendido mayor el alma de este pueblo... (pero) un sordo rumor irremediable va colmando el alma de este pueblo que es dentro del Estado chileno otra nacionalidad, otro Estado, aún sin forma, cuya historia, cuya economía, cuya moral no pueden medirse con la escala que sirve a las clases dominantes (OS, 1962: 601-602).

Esta fractura de la ‘nacionalidad’ avizorada por Picón-Salas siguió vigente, con intentos durante el siglo XX de superarla a favor de las mayorías (1939, 1970), pero con el Golpe Militar (1973-1990) todo vuelve a sus viejos carriles, de modo que hoy bien se puede detectar una doble existencia ciudadana: en la distribución económica, en la salud, en la educación, en la vivienda, en la calidad de vida. No es extraño, entonces, que constatemos la existencia de dos imaginarios respecto a la futura ‘identidad chilena’: la realizada por el neoliberalismo vigente, y la postulada por un proyecto distinto que propende hacia una democracia real, justa y equitativa (que hemos llamado ‘ambivalencia de valores’).